

Buenos Aires, 4 de Diciembre de 2007.-

Querido David Galante:

*Te extrañará, seguramente, que anteponga el adjetivo “querido” a tu nombre, y que no utilice el formal “usted” pese a tus más de ochenta años de edad. Te pido, de antemano, que no tomes lo primero como una exageración, ni lo segundo como una falta de respeto.*

*Acabo de leer “Un día más de vida”. No pude hacerlo, como sugería Daniel Rafecas, en uno o dos días. Me tomé bastante más tiempo, pero no porque no me interesara. Al contrario, te diría que conociendo de antemano el final de la historia, tenía muchas ganas de seguir leyendo para llegar a la etapa feliz de la formación de tu familia en Buenos Aires. Sin embargo, no me fue fácil. Me angustié. Me enojé. Me pregunté por qué. Te abracé y te admiré una y cien veces.*

*Creo que nunca, jamás, te vas a dar cuenta de la importancia del testimonio que has dado. Un testimonio que no sólo echa luz sobre aspectos específicos de la odisea que te tocó vivir, sino que constituye en sí mismo una lección inmensa de ética, de actitud hacia la vida, y particularmente de amor y de humildad.*

*Muchos ejemplos podría citar para demostrar que no te has dado cuenta de la grandeza de tu testimonio. Sin embargo, quisiera rescatar algunos que me parecen especialmente importantes.*

*En primer lugar, me gustaría decirte que no te confundas al pensar que no pudiste devolverle el gesto a tu amigo Pierre, el francés, salvándole alguna vez la vida como él lo hizo con vos. Creo que fuiste más allá todavía. Hasta el día en que tu testimonio adquirió forma de libro, Pierre estaba destinado a un definitivo anonimato; a desaparecer de la historia de la Humanidad sin pena ni gloria. Sin embargo, hoy Pierre está vivo nuevamente, y todos los que hemos leído “Un día más de vida” podemos agradecerle su heroísmo y admirar su figura. ¿Te das cuenta, David, que lo has vuelto a la vida?*

*Por otro lado, me impresionó mucho lo que tu ahijado ha llamado sabiamente “el Holocausto interior”, es decir, el reconocimiento de que la gente no está preparada para escuchar. Aquí también tu acción ha sido de una grandeza inconmensurable. Hay una canción que dice “...Si la historia la escriben los que ganan, entonces quiere decir que hay otra historia...”. Nosotros ya conocemos las dos versiones de la historia de la guerra; la que contaron los vencedores, y la que contaron los vencidos. Pero a mí me da la impresión de que aún así ninguno se atrevió a contar la tercera versión, la de los que no integraban un bando ni otro, la de los más inocentes. No vamos a decir que nadie alzó su voz antes, pero tu forma de contar la Shoá no es política. Es el testimonio de alguien que vivía felizmente y fue arrancado de su paraíso de Rodas, junto con su comunidad, sin razón alguna. Esa forma de contar la historia era inédita, hasta que apareció tu libro. Y como valor agregado, has enfrentado el desafío de colocarte frente a quienes, aún hoy, no quieren escuchar. No importa. Hay muchos que te escuchamos y que apreciaríamos mucho seguir escuchándote. Entiendo que tu misión, al contar tu historia, es la de un despertador de conciencias. Pero aceptemos, David, que el despertador es antipático, y que a la gente le gusta seguir durmiendo!*

*También quiero decirte que, como en toda historia dramática, el amor se abre camino pese a todo. Me enterneció mucho tu historia de amor en Yugoslavia, con aquella muchacha de quien no conociste el nombre. Tal vez hayas leído la novela, o hayas visto la película "El nombre de la Rosa", de Umberto Eco, en la cual el joven Adso de Melk, en medio de un ambiente bastante hostil, conoció el amor gracias a una joven de quien nunca supo cómo se llamaba. Terminando la historia, Adso, ya anciano, continuaba recordándola y lamentándose de no haber podido conocer "el nombre de la rosa". Es asombrosa la marca que estas experiencias nos dejan para siempre, pero quiero decirte algo al respecto. Osho ha dicho alguna vez que el conocimiento a veces conspira contra la magia de una situación. Por ejemplo, cuando me encuentro en un sendero con una flor que me gusta, me quedo contemplando su belleza, aspiro su perfume y transformo ese instante en una experiencia maravillosa. Al contrario, si me pregunto cómo se llamará esa flor, cuántas veces por año florecerá la planta, y cosas por el estilo, la magia se apagará por completo y el intelecto arruinará la experiencia. Me quedo, pues, con tu historia de amor, sin nombres, pero con una magia que perdura pese al tiempo transcurrido.*

*Me gustaría también hacerte saber que luego de leer tu historia, necesariamente debí repensar mi propia vida con otra perspectiva; evaluar lo que es grave o no con otro prisma; saber que darse por vencido antes de tiempo es pecado que no tiene perdón. Te has transformado involuntariamente en un maestro personal mío que ya forma parte de mi vida para siempre.*

*Querido David: empezarás a darte cuenta ahora el por qué de llamarte "querido" al comenzar esta carta. Quiero que me entiendas: sé que nunca voy a tener una idea cabal de lo que fue tu odisea. Pero por el sólo hecho de percibir tan siquiera unas pocas imágenes de lo que aquello pudo haber sido, me hermano con vos en la com-pasión. Cuando te escucho y entiendo cuál es tu actitud hacia la vida hoy, pese a todo lo ocurrido, me uno a vos como lo hacen un discípulo con su maestro, y aprendo tus enseñanzas. Cuando percibo que pese a todo no hay en tu alma sed de venganza, y que tu clamor es de pura justicia, me inclino ante tu grandioso espíritu.*

*Querido David: no te hablo de usted porque el usted pone distancias, y distancias es lo último que podría sentir contigo. De hecho, cuando hablo con Dios lo llamo "vos", de modo que, como verás, no es mi intención faltarte el respeto sino sentirme cerca. Mi creencia es que todos, individualmente, formamos parte de una Unidad en la cual convergeremos en algún momento. De ahí que, también según mi creencia, todos somos parte de todos y, en cierta medida, responsables por todo. Es así que, para terminar esta carta, quisiera decirte que como parte de esa Humanidad que fue maltratada y ultrajada, te acompaño y siento tu sufrimiento como propio, y como parte de esa Humanidad que te sometió injustamente, te pido perdón.*

*Un fuerte abrazo,*

*Luis Cantelmo*